

Me cuentan también que algunos de los muchachos son de lejos. Por ejemplo aquel de cara sonriente viene todos los días desde Santa Ana. Si no hace el viaje en camión se anda diariamente entre venida y vuelta sus 20 kilómetros. Me parece verlo salir al amanecer de su casa, al hombro la alforja con el almuerzo, y recorrer el camino que serpentea entre los campos olorosos a vegetal fresco. En el cielo palidecen las estrellas y los pájaros comienzan a gorjear entre los árboles. El mancebo se ha quitado el sombrero y la brisa le alborota sus cabellos. Es como triunfal esta marcha de cada mañana, con un taller en el término del esfuerzo.

Duele pensar que la máquina haya hecho perder su importancia al trabajo manual en la vida del hombre y que ya un oficio no signifique un noble abrigo contra la miseria.

El maestro de ebanistería se llama Abelardo Chacón, el de dibujo Arturo Ramón y el de herrería Alberto Renauld: los tres jóvenes, de apariencia inteligente y bondadosa. Cuando fui no estaba Arturo Ramón. A primera vista los maestros no se distinguen de los discípulos, tan olvidados están de su rango en el afán del trabajo. Al conversar con ellos no hablan de métodos, ni de buen o mal elemento entre los alumnos. Me enseñan con toda sencillez el trabajo, sin la menor pedantería en el lenguaje o en la actitud, casi sin palabras. Se ve que no se sienten apóstoles como les pasa a los maestros de las escuelas y a los profesores.

El hombre de esta empresa educacional de la Escuela de Artes y Oficios de San José, se llama Osías Castro. Es un obrero joven, inteligente, fuerte y honrado. Al verlo, se comprende al punto que no ha sufrido la influencia funesta de la Pedagogía oficial. Es de los que hacen porque pueden y no de los que seneñan porque no pueden. Según me ha contado después persona enterada, el Gobierno no le ha prestado mayor ayuda en su empeño como se lo ha prestado a los Salesianos. Les faltan muchas cosas, pero no por eso ni él ni los maestros se consideran seres incomprendidos. La necesidad los vuelve ingeniosos y van haciendo con sus alumnos muchos de los instrumentos que les faltaban.

Osías Castro, Alberto Renauld y Abelardo Chacón no desentonarían como maestros en una escuela de la Rusia de los soviets. Dicen que uno de los primeros pedagogos socialistas es el viejo tejedor alemán Robert Seidel. La escuela en donde aprendió a enseñar, fué el telar. Tal vez si cada maestro supiera un oficio, la escuela perdería ese aire de cosa muerta o de museo que tiene.

Osías Castro y sus compañeros no simulan que andan afanadísimos por la cultura del país. Trabajan simplemente por ella y ya está.

Si Osías Castro pudiera seguir al frente de su empresa educacional, la Escuela de Artes y Oficios de San José, llegaría a

Revista Chilena

Diplomacia, Política, Historia, Artes, Letras
 Director: FÉLIX NIETO DEL RÍO
 Suscripción anual para el Ext. \$ 40
 Dirección y Administración: Correo, 8.
 Santiago (Chile).

ser algo de inmensa importancia en Costa Rica. Lo malo es que, el mejor día llega cualquier ministro de fomento y lo quita para colocar en lugar suyo a un su pariente o a un su secuaz, y así por arte de la Democracia, que es como decir por arte de la trampa, la Escuela de Artes y Oficios vuelve al limbo de donde la sacara el empeño de un hombre, para aparecer más tarde en el programa de uno de tanto candidatos a la presidencia de la República y no pasar de allí.

Me decían que unos maestros se le ofrecieron a Osías Castro para ir a dar en la Escuela de Artes y Oficios una lecciones de Historia.

¿Cómo irán a ser esas clases de Historia? Seguro mucha fecha y mucho nombre de conquistador con sus crímenes que en los textos de Historia llaman hazañas, conquistadores que hoy andan entre el polvo de la tierra. Y de lo que pasa en este momento en el mundo y en torno nuestro, ni la menor noticia. Porque ¡oh habilidad tenemos los maestros de por acá (y seguramente también los de otras partes) para estar enteradísimos de lo ocurrido hace mil años en Grecia y en Egipto y no saber nada de lo que hacen los Estados Unidos hoy en Nicaragua, ni las Compañías Eléctricas ni la United Fruit Co. en Costa Rica! Si esos maestros que quieren enseñar Historia en la Escuela de Artes y Oficios trataran de comparar las barbaridades de los bárbaros de la antigüedad con las de los bárbaros modernos de Europa y de los Estados Unidos, menos mal, porque así los jóvenes obreros se rebelarían contra muchas cosas respetables y pensarían además que no son los hombres los que deben enojarse porque Darwin creyó encontrarnos un tronco común con el mono, sino que más bien deberían ser los monos los indignandos de que alguien sea capaz de imaginar un parentesco entre ellos y estas alimañas ridículas y soberbias que somos los humanos.

Yo aconsejaría a Osías Castro que no permitiera a persona alguna salida del molde de la Pedagogía oficial él meterse por sus predios. Eso sería como sembrar yerba loca en un buen cultivo.

Las tenidas fúnebres.—¿Qué cosa tremenda son esas *Tenidas Fúnebres* que de unos años a esta parte están de moda en las escuelas y colegios de Costa Rica!

Colgajos negros en las paredes, hachones que arden con luz siniestra, letanías y réquiems recitados con voz cavernosa, orquestas que tocan la Marcha fúnebre de Chopin o la Danza macabra de Saint-Saens, discursos a lo largo de los cuales el mal gusto del orador suspende figuras lite-

rias lacrimosas o adjetivos plañideros que flotan en el ambiente cual crespones negros.

¿Dioses todos del Olimpo, si esto es sadismo puro!

¿De donde vendrá esto de *tenida*? Lo he buscado en el Diccionario de la Real Academia y no encontré la palabreja.

¿Qué imaginación romántica y sadista inventó estas tenidas fúnebres?

Acaso se quiere revivir el fanatismo por la Muerte, del siglo XIV?

Morte nihil melius vita nihil pejus.

(Permitidme meter aquí la frase en latín que servía de lema en un libro de aquel siglo. Estos latines dan un aire de erudición a quien los usa, aun cuando los haya copiado del Pequeño Larousse, y hacen tomar a lo que se dice apariencia de verdad incuestionable por más que se trate de una incuestionable mentira). Pues si, estas tenidas fúnebres parecieran inspiradas en el lema del antiguo libro: "Nada hay mejor que la Muerte, nada hay peor que la Vida."

En una ocasión asistí en una escuela, a una de las tales tenidas fúnebres. Fué por ahí de 1925, lo cual indica que no son una gran novedad entre nosotros. La música desgarradora y la tristeza de los oradores pusieron a llorar a todo el mundo. Yo sentía ganas de ser perro y ponerme a aullar como aullan los canes a la luna o como cuando oyen tocar en flauta o violín el *Lago de Como* o *La plegaria de una Virgen*.

En estos días pensaba yo que el término de existencias como la de don Luis Fournier, no deberían ser exaltadas con ceremonias enervantes que en lugar de hacer bien a los jóvenes lo que hacen es ponerles erizo el sistema nervioso, excitarles la sensualidad a través del sentimentalismo. Vidas como la de don Luis Fournier—varón honrado sin sombras ni recovecos en sus proceder—que trabajó y luchó hasta su último instante, y murió pobre, seguramente porque no pudo transigir con la impudicia—merecen ser recordadas bajo el cielo azul, al aire libre y al sol, con cantos fuertes y palabras viriles que impulsen a los jóvenes a seguir el noble ejemplo.

Si yo fuera Ministra de Educación Pública, prohibiría terminantemente esas tenidas fúnebres.

Nuestro país, de gente sin entusiasmo, de ánimo descolorido, necesita otros ejercicios, ejercicios para saber encontrar la alegría que es juventud, inteligencia y salud y no de aquellos para exaltar el Dolor y la Muerte.

Mentira eso de que el dolor es cosa buena. Eso lo podrá decir cualquier diletantti en goce de perfecta salud y tranquilidad, pero nunca el individuo que de verdad está sufriendo.

¿Cuándo será que la Escuela se pone realmente al servicio de la vida, de su presente y futuro, y deja de ser la criada incondicional del pasado y de la muerte?

Carmen Lyra

San José, Costa Rica, Abril del 31.